

Qué del cuerpo

Adela Costas Antola

*Deseoso es aquel que huye de su madre. [...]
No es por las puertas donde se asoma
nuestro abandono.
Es por un claro donde la madre sigue marchando,
pero ya no nos sigue.
Es por un claro, allí se ciega y bien nos deja.*

Lezama Lima

Tanto la concepción del cuerpo como el modelamiento de la imagen corporal responden a una cultura y a un tiempo determinado. A partir de este supuesto abordaré el tema en relación con el tratamiento del cuerpo en el tiempo actual, centrándome en la adolescencia.

Voy a comenzar citando dos párrafos referidos al cuerpo sin especificar de antemano a qué obras pertenecen; si no las reconocen, les propongo que traten de hacerse una idea respecto de la época en que fueron escritas. No se trata sólo de concepciones distintas del cuerpo, también son significantes diferentes. El primero dice:

[...] los cuerpos, esos objetos primeros de todo conocimiento y de toda visibilidad, son cosas para tocar, acariciar, obstáculos contra los cuales “golpearse su sesera”; pero también cosas de las que salir y a las que entrar, volúmenes dotados de vacíos, de bolsillos, o de receptáculos orgánicos, bocas, sexos, tal vez el ojo mismo.¹

El segundo texto:

¹ Didí-Huberman, G. (2014). *Lo que vemos lo que nos mira*, Buenos Aires: Manantial.

[...] mientras tengamos el cuerpo y esté nuestra alma mezclada con semejante mal, jamás alcanzaremos de manera suficiente lo que deseamos. Y decimos que lo que deseamos es la verdad. [...] Guerras, revoluciones y luchas nadie las causa, sino el cuerpo y sus deseos, pues es por la adquisición de riquezas por lo que se originan todas las guerras, y a adquirir riquezas nos vemos obligados por el cuerpo, [...] y de ahí, que [...] no tengamos tiempo para dedicarlo a la filosofía.²

Año 1992, Didí-Huberman, *Lo que vemos, lo que nos mira*.
Alrededor del 387 a.C., *Fedón* de Platón.

Cuando junté estos textos tuve la ocurrencia de que Platón se horrorizaría si escuchara hablar del cuerpo en términos de cosas para tocar, acariciar, volúmenes de los cuales salir y a los que entrar; así mismo le sería insoportable la idea de cuerpos como “objetos primeros de todo conocimiento”, en tanto su verdadero objeto de interés es la verdad. En su diálogo sobre el alma plantea la necesidad de abrir camino a una filosofía basada en el dualismo cuerpo–alma. Se trata de un dualismo maniqueo en el que lo corporal encarna el mal, mientras el alma carga con los atributos de la verdad.³ En la misma línea, el mito de Adán y Eva relata el advenimiento del cuerpo erógeno como sede de pecado.

Esta cosmovisión habilitó las prácticas de mortificación del cuerpo de manera pública durante la Santa Inquisición y privadamente en los conventos. Acaba de descubrirse en la Argentina que las monjas de un convento de clausura aún se flagelan con látigo y cilicio. El Arzobispo de la Diócesis de la cual dependen justificó las prácticas alegando “que sólo las realizan los viernes por un ratito” y que “sólo se trata de pinchecitos que no sacan sangre”.

² Platón, *Fedón*. Editorial. Barcelona. 1982.

³ Diana Sperling despliega esta idea de la siguiente manera: “Me parece que hay que revisar un poco, en algún punto la filosofía nos hizo daño [...] porque tenemos a las espaldas muchos siglos de dualismo, el dualismo nos mal acostumbró a oponer cuerpo y palabra, cuerpo y espíritu, lo sensorial y lo racional [...] todo ese *bullshit* que compramos alegremente porque en algún momento cuando Platón lo inventó, era funcional a un proyecto político, lo digo así con todas las letras, era necesario eso para fundar la filosofía.” *Revista de Psicoanálisis*, APdeBA, XXXV n. 3, 2013, p. 452.

En la formulación de Didi-Huberman desaparecen el dualismo y la valoración maniquea. Además, el cuerpo es pensado en relación al otro, al semejante. Al mismo tiempo se destaca la noción de vacío y de zonas erógenas y aparece un sujeto que habrá de vérselas con el cuerpo como objeto a ser mirado, experimentado tanto sensorialmente como golpeándose la sesera en el intento por desentrañar algo de los enigmas del cuerpo.

Sin duda el psicoanálisis ha hecho aportes significativos para que cediera en cierta medida la oposición maniquea cuerpo-mente. Algunos de dichos aportes son el concepto de pulsión (que establece una continuidad entre lo psíquico y lo corporal), la noción de un Yo corporal producto de investiduras libidinales en continuidad con el Ello, también el sagaz hallazgo de que tras el cilicio se oculta el inconfesable goce del cuerpo. Todo esto a partir del primer paso dado por Freud al permitirse escuchar el deseo inconsciente encarnado en los síntomas conversivos de sus histéricas.

Para abordar el tema de la adolescencia, parto de la idea de que el estado de indefensión en el inicio de la vida hace del otro primordial un otro todopoderoso a salvo de la castración y, por ende, con poderes ilimitados, a cuyo amparo el niño se refugia y se somete. Esta figura protectora y amenazadora a la vez sufrirá diversos embates a lo largo de la vida, embates que irán resquebrajando su consistencia, acotando su poder y su autoridad. Acerca de ese proceso Freud afirma:

En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida. Más todavía: el progreso de la sociedad descansa, todo él, en esa oposición entre ambas generaciones.⁴

La adolescencia es el tiempo de tramitación de dicha operación, sólo así podrán abrirse las puertas a la exogamia, como las puertas de Tebas que Edipo atraviesa dejando a su madre atrás luego de haberse

⁴ Freud, S. (1908). La novela familiar de los neuróticos, Buenos Aires: AE, O. C. IX, p. 217.

cegado. En dos o tres ocasiones Freud afirma que la ceguera es marca de la castración, operación que sustrae al sujeto del deseo materno.

En el ámbito de culturas distintas a la nuestra, en los ritos de pasaje se realizan intervenciones sobre el cuerpo tales como tatuajes y perforaciones, que son interpretadas por Lacan como marcas de castración vinculadas a ciertos estadios del deseo,⁵ entre ellos el de la adolescencia. Dichas prácticas son impuestas por la comunidad y, en tanto tal, dicen de la sujeción del sujeto al lazo social.

A diferencia de dichas culturas que marcan con sus ritos los tiempos subjetivos significativos y también imponen el tratamiento que se debe dar al cuerpo, en nuestras comunidades prima el alegato en favor de la libertad casi absoluta de disponer del cuerpo propio. La usual frase del adolescente “Es mi cuerpo, puedo hacer lo que quiera” denota un cuerpo pertenencia sobre el cual se ejerce un dominio absoluto. ¿En qué se diferencian los ritos de pasaje mencionados anteriormente de las intervenciones de nuestros adolescentes sobre el cuerpo propio?

La primera consideración a señalar es la transmisión generacional de los ritos de pasaje. En cambio, las intervenciones sobre el cuerpo que realizan nuestros adolescentes responden a pautas compartidas por su grupo etario. Antes que sujeción a los mayores o transmisión por parte de ellos, se trata de un gesto de corte generacional. Otra diferencia significativa es que la realización de dichas intervenciones no promueve el pasaje a la adultez. Se trata de prácticas realizadas en soledad o compartidas con sus pares sin que se produzca un cambio de estadio subjetivo. Se trata de marcas que indican su pertenencia a la comunidad de pares.

Una de las operaciones que deberá afrontar el adolescente es la asunción del cuerpo propio que, en su transformación, reclama una resemantización que le permita tramitar el nuevo embate pulsional así como los cambios de la imagen corporal en la cual, hasta ese momento, se reconocía.

Gran parte de las elaboraciones lacanianas actuales plantean una crisis de la función paterna con consecuencias en la constitución del

⁵ Lacan, J. (2005). *El Seminario 5. Las formaciones del Inconciente*. Buenos Aires: Paidós, p. 316.

sujeto. En esta línea cabe preguntarse si la puesta en cuestión de las generaciones anteriores, propia del adolescente, no está radicalizándose e incluso tomando al cuerpo como escenario de corte, a causa del debilitamiento de la transmisión genealógica.

Usualmente se pasa por alto que Edipo, al resolver el enigma de la Esfinge con el solo recurso de la razón, accede al trono sin recurrir a los dioses ni a las enseñanzas de sus mayores. Asimismo, el hombre occidental, al prescindir de la transmisión genealógica, se encuentra hoy mucho más solo que quienes responden a pautas comunitarias. En nuestra comunidad, cada sujeto habrá de hacer su propio camino exogámico en el seno de cada familia en particular. Con esas particularidades trabajamos los psicoanalistas.

Las leyes avanzan en el sentido de conceder cada vez mayor libertad para disponer de lo corporal, disminuyendo consecuentemente la sujeción a reglas compartidas. Me pregunto si se trata solamente del avance de los derechos del individuo o si habría que pensar también en la economía de mercado alentando a disponer libremente del cuerpo como si fuera un objeto más de la propiedad privada.

No sólo nuestros adolescentes y quienes se sienten discriminados o disminuidos reclaman el derecho a disponer de su cuerpo sino también la publicidad alienta tal idea. En una propaganda aparece el rostro de una mujer con un llamativo *piercing* en la nariz y una leyenda debajo que dice: “Me siento cómoda para hacer lo que quiera con mi cuerpo. Primer labial ultramate, 100% cómodo.” Con el calificativo cómodo aplicado tanto a la persona como al producto, se produce una cierta equiparación entre el producto y la persona.

Por otro lado, quisiera considerar brevemente la problemática de la imagen, elemento común al Narciso greco-romano y al de la era virtual; tema extensamente tratado por pensadores de distintas disciplinas e incluso las religiones toman posición respecto de la imagen. De ese vasto e inabarcable campo quiero resaltar la interesante diferencia hecha por Román Gubern⁶ entre la imagen como representación, presencia simbólica de lo ausente, y la imagen como pre-

⁶ Gubern, R. (1996): *Del bisonte a la realidad virtual. La escena y el laberinto*. Barcelona: Anagrama.

sentificación del objeto que suple lo ausente, que borra la ausencia o la falta –al modo del fetiche– e impone la “presencia totalitaria de lo lleno”.⁷ El mecanismo de hacer operar la imagen como una presencia totalitaria podría alentar la idea de que la manipulación de la imagen corporal sería un ejercicio de omnipotencia que pretende reducir lo incognoscible e irreductible del cuerpo real.

Se acusa a nuestra época de un exagerado culto al cuerpo. ¿Ha cambiado la relación del sujeto con su cuerpo? ¿En qué consiste dicho cambio? Los historiadores Corbin y Perrot⁸ opinan que, efectivamente, se ha producido un cambio en el siglo XIX debido al advenimiento de una serie de elementos introducidos en la vida cotidiana, entre ellos el acceso al espejo, la popularización del retrato y de la fotografía y, especialmente, el pasaje de la cama colectiva a la individual impuesta en Europa a partir de la epidemia del cólera. La cama es un elemento importante, ya que, en tanto espacio privado, alentó la complacencia en el propio cuerpo en soledad.

Desde otra perspectiva, el escritor de ciencia ficción, Isaac Asimov, en su novela *El sol desnudo* crea un mundo llamado *Solaria*, donde los encuentros entre las personas se realizan a través de imágenes holográficas que suplen la presencia carnal del otro. Cuando, por alguna razón, el contacto presencial no puede evitarse, ello genera una extraña inquietud en los solarianos. Asimov deja ver claramente su posición crítica respecto de los efectos que tiene en la sociedad la sustracción del cuerpo en el contacto social, práctica que hoy va ganando terreno entre algunos adolescentes. Mientras unos escamotean el cuerpo a través de encuentros virtuales, otros se lanzan al encuentro corporal como si no se jugara allí nada más que volúmenes con bolsillos y receptáculos que pueden usarse con toda comodidad. Dos modalidades que, aunque opuestas en apariencia, apuntan a lo mismo: eludir la inquietante otredad del encuentro.

⁷ Legendre, P. (2008): *La fábrica del hombre occidental*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 19.

⁸ Corbin, A. y Perrot, M. (1991). Entre bastidores el secreto del individuo. La relación íntima o los placeres del intercambio. *Gritos y susurros en Historia de la vida privada*. Buenos Aires: Taurus, pp. 419-622.

Respecto de la problemática del sujeto en relación al otro, Agamben⁹ refiere que los clásicos entendían que se castigaba a Narciso por haberse enamorado de sí mismo, mientras que los del Medioevo interpretaban que se lo castigaba por quedar prendado de una imagen, despreciando a la persona de carne y hueso. Dos causas aparentemente diferentes: el enamoramiento de sí mismo o de la imagen; sin embargo, ambos evitan el encuentro con el *otro atópico*. De hecho, en el mito de Narciso creado por Ovidio en *Metamorfosis*, la actitud del efebo es de claro rechazo a cualquier contacto que pudiera generar alguna reacción erótica. “Antes morir que puedas tú tenerme” son las palabras con las que rechaza a Eco cuando ella intenta abrazarlo. No mucho tiempo después el joven llega a la fuente y queda embelesado con la imagen que allí se refleja; como la de la pantalla, ella posee un efecto narcotizante que adormece el tsunami pulsional de la adolescencia.

Respecto al contexto social, imagino dos escenarios opuestos para la adolescencia; en uno rige la prohibición de gozar del cuerpo como norma impuesta por la comunidad, mientras que en el otro hay licencia para disponer libremente del cuerpo e incluso podríamos hablar de un mandato a gozar de él. Dos extremos que seguramente generan subjetividades distintas en los adolescentes que deben librar la dura batalla por conquistar la exogamia. Tal vez el terror a quedar atrapado en la medusa materna, a quien enfrentan en soledad y sin preceptos sociales que lo guíen, pueda explicar las misiones suicidas a las que algunos adolescentes se lanzan a veces bajo la bandera de los ideales.

Otro rasgo de la sociedad actual que presiona fuertemente al sujeto es la valoración de lo pleno, abonada por el descomunal desarrollo de la tecno-ciencia que ubica al hombre en una posición de poder inédita. Cabe dudar del beneficio de dicho poder que, por otro lado, somete al Sujeto a la tiranía totalizante. Se trata de un discurso que elide al Sujeto del Inconsciente, desplazándolo al lugar de objeto de goce, destinado a ser un producto más, uno entre tantos, provistos por la sociedad de consumo.

⁹ Agamben, G. (1995). *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*, Valencia: Pre-textos.

Pensadores de distintas disciplinas abordan el tema de la relación con el cuerpo y el psicoanálisis participa de esa discusión aportando sus propios conceptos respecto de la constitución del sujeto y en particular del proceso de la adolescencia. Del entramado de las ideas previamente expuestas sobre el debilitamiento de la transmisión genealógica, así como de la imposición de lo pleno en relación con las ya habituales marcas en el cuerpo, me permito formular la hipótesis de que más que maniobras para eludir la castración se trataría de intentos por exhibir la falta a cielo abierto y para ello se puede llegar, incluso, a exponer el cuerpo al goce mortífero.

Occidentales industrialistas, hemos inventado el ruido incesante, las montañas de objetos, la presencia totalitaria de lo pleno.

Al desertar del vacío, olvidamos que al hombre le hace falta una escena y que, sin los artificios que le permiten a aquel habitar la separación de sí y de las cosas, el lenguaje se desploma para volverse consumación de señales.¹⁰

Las palabras de Pierre Legendre transmiten la angustia provocada por la saturación del mundo, por el aturdimiento de los sentidos. La escena recreada por los adolescentes de nuestro tiempo podría leerse como un alegato desesperado –incluso extremo– de denunciar con sus desgarros, perforaciones, incisiones, la insoportable pretensión de plenitud alimentada por las exigencias de nuestro tiempo en el marco de una transmisión genealógica debilitada.

Bibliografía

- Agamben, G. (1995): *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Valencia: Pre-textos.
- Asimov, I. (2012): *El sol desnudo*. Barcelona: Debolsillo.
- Corbin, A. y Perrot, M. (1991): *Entre bastidores el secreto del individuo. La relación íntima*

¹⁰ Legendre, P., *op. cit.*, p. 19.

- o los placeres del intercambio. Gritos y susurros. Historia de la vida privada*, Buenos Aires: Taurus.
- Didí-Huberman, G. (2014): *Lo que vemos lo que nos mira*. Buenos Aires: Manantial.
- Platón (1982): *Fedón*. Barcelona: Editorial.
- Freud, S. (1950[1895]): Proyecto de psicología, *OC*, Buenos Aires, Amorrortu 1976.
- (1909[1908]): La novela familiar de los neuróticos, *OC*, Buenos Aires: AE, IX, Buenos Aires, 1979.
- (1914): Introducción del narcisismo, *OC*, Buenos Aires: AE, XIV, 1979.
- (1930[1929]): El malestar en la cultura, *OC*, Buenos Aires: AE. XXI, 1979.
- Lacan, J. (2005): *El Seminario 5. Las formaciones del Inconciente*. Buenos Aires: Paidós..
- (1992): *El Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, Buenos Aires.
- Legendre, P. (2008): *La fábrica del hombre occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ovidio: *Metamorfosis*. Madrid: Alianza, 1996.
- Sófocles: *Edipo Rey*. Santiago de Chile: Biblos, 2001.
- Sperling, D. y otros (2013): Ateneo “Realidad y ficción del amor”, en *Psicoanálisis*, vol. XXXV, n. 3, APdeBA.

